

Sucedió en el agua

J. A. Fernandez



Capítulo 1

CESAR

Fue en enero de 1987, época de verano cuando César Ruiz debió enfrentar a la muerte, cara a cara, y todo por culpa de una gorra. Suena ridículo al decirlo así de buenas a primeras, pero aquella gorra de color rosado tenía un significado especial para él.

Varias horas antes de su fatídico encuentro con lo desconocido, su novia le había pasado la gorra pidiéndole que la cuidara mucho en la travesía que emprendía en esos momentos con su tropa, del grupo scout.

---- Tienes que traerla de vuelta ----le había dicho Camila y lo besó dulcemente en los labios----. Así que cuídala con tu vida.

Lo que César no imaginó en ese momento era la repercusión que tendría horas más tardes, aquella petición.

Con una gran sonrisa en el rostro, se puso la gorra y corrió hacia sus amigos que lo miraban y le hacían toda clase de bromas y le gritaban a la distancia, mientras lo esperaban.

---- Uuuuyyyyyy

---- Cosita más tieeeerna

César sólo sonrió y cuando llegó junto a sus amigos, hizo una reverencia y agradeció a todos por la atención.

---- Lástima que me tengan envidia ----había dicho, y las risas no se habían hecho esperar.

Cuatro horas más tarde aún sentía los labios de Camila, posados sobre los suyos. Sin duda ella era la más hermosa entre todas las muchachas de la Compañía, y lo mejor de todo es que él la había conquistado. Todo había iniciado con intercambio de miradas y sonrisas alrededor de una fogata, la noche anterior. Camila se veía hermosa con su camisa color gris y el pañolín colgado alrededor del cuello. Como si aquellos colores combinaran perfectamente con su pelo castaño, y sus ojos almendrados y claros.

A César le gustaba mucho cantar, no tenía mala voz, así que con guitarra en mano había interpretado el tema "Trátame Suavemente", del grupo argentino Soda Estéreo que estaba de moda. Camila amaba esa canción, él lo sabía así que su elección no había sido al azar. La muchacha cantó

feliz junto a sus amigas. Luego de eso se acercó para pedirle otra canción y se quedó junto a él. Fue una noche mágica, cantaron, se rieron y luego habían terminado conversando de sus gustos y de las cosas que tenían en común.

Cuando el jefe de campamento hizo sonar su silbato, con el toque de «gran silencio» (que consistía en nueve silbatazos cortos, agrupados en tres, correspondientes a nueve puntos de acuerdo con el código morse), anunciando que todos debían acostarse. Camila y César aún estaban conversado en voz baja. Él se ofreció acompañarla hasta su carpa. La dejó en la puerta y ella estuvo a punto de entrar sin que él se atreviera a darle un beso. Pero en el último instante entendió que no podía dejar pasar la oportunidad. Ella le gustaba desde el primer momento en que la vio llegar al grupo scout. Así que la tomó de la mano y la atrajo hacia él. La miró unos segundos, acarició su rostro y luego la besó tiernamente en los labios. Ella lo aceptó y se dejó llevar. Luego de unos segundos se despidió y entró a la carpa.

César sonrió ahora al recordar aquello. Ya llevaba algunas horas caminando junto a la Tropa del Grupo Scout Andaluz como parte de la actividad que se denominaba Raid (que consistía en ponerse un objetivo de llegada, a muchos kilómetros de distancia y caminar hasta ese punto y luego volver por la misma ruta). Lo importante era no hacer dedo para que te llevaran ya que la gracia de la actividad era precisamente valerte por ti mismo, desplazándote a pie durante todo el trayecto y alimentándote por el camino con los pocos víveres que llevaras en tu mochila. Si era necesario pasar la noche a la intemperie, debías arreglártelas tan sólo con tu saco de dormir. Olvídense de llevar una carpa. Puede parecer ridículo ante los ojos de quiénes no conocen el mundo de los scouts, pero luego de toda esa travesía, después podías vanagloriarte de tu supervivencia, con el resto de tus compañeros y en especial de las guías. La mejor recompensa para él sería un nuevo beso de Camila.

Era entretenido ser scout. Felipe Martínez, su amigo, lo había invitado a unirse al grupo hace dos años ya, y todos los sábados viajaban en la Citroneta un poco destartada del padre de Felipe. Que en el trayecto se llenaba de amigos que iban también al grupo. A él siempre le tocaba sentarse detrás de los asientos, casi recostado en el pequeño espacio que quedaba, pero le gustaba. Era una aventura viajar así cada sábado. Y jamás se lo contó a sus padres. Ellos se habrían preocupado.

César era un joven de mediana altura, cabello negro y ojos claros. Delgado, pero no tanto. Era quitado de bulla, responsable, obediente. Sus padres lo adoraban porque entendían que era un excelente hijo. Jamás les había puesto un problema y ellos constantemente le hacían ver lo orgullosos que estaban. Por eso nunca le pusieron reparos en sus actividades de scout. Después de todo, pertenecer a un grupo de guías y

scouts era genial. Qué mejor que participar de actividades al aire libre y aprender técnicas y reforzar los valores en un grupo en el que todos lo pasaban bien. Reuniéndose cada sábado por las tardes para compartir experiencias, jugar, bailar y prepararse para asistir a diversos campamentos, tanto en invierno como en verano.

César amaba a sus padres y los respetaba. Por eso jamás se ponía en peligro ni les daba motivos de preocupación. La relación que tenía con ellos era fabulosa, muy comunicativa y cercana. Por eso él respondía a ese cariño con notas casi excelentes en la escuela. Ellos le habían enseñado a ser una buena persona y sobre todo a ser responsable y comprometido con su palabra de scout. Su palabra era sagrada y no había nadie que pudiera discutir aquello. Si se comprometía con llevar cooperación para la rifa, la llevaba. Si ofrecía ayudar en el puesto de venta de completos del curso, ahí estaba a primera hora. Definitivamente nadie podía reprocharle nada más que su enfermiza responsabilidad (si se le podía llamar de un modo negativo).

Ya era medio día cuando se detuvieron sobre un puente para mirar el agua bajo él, que se veía no muy torrentoso. Casi parecía estancada, como si fuera una laguna. Sin embargo, contrario a lo que uno podría imaginarse, el agua era cristalina, se podía ver las piedras en el fondo. De seguro no estaba profundo. Había muchas rocas que sobresalían del agua, todas cubiertas de musgo. Y por el costado de ambas orillas estaba lleno de árboles que no dejaba espacio como para caminar. El agua casi tentaba invitándolos a echarse un chapuzón. A lo lejos se escuchaban unos pájaros cantar.

Cuando el suelo bajo los pies comenzó a temblar, todos voltearon hacia su izquierda. Un gran camión venía en sentido contrario a dónde ellos se dirigían. El vehículo pasó a mucha velocidad (algo innecesario). El espectacular sonido del claxon los asustó a todos. El conductor los saludó a través del parabrisa y pasó raudo. Todos respondieron al saludo. Algunos silbaban y otros abanicaban sus brazos. El viento que produjo el camión llegó hasta donde se encontraba César y le arrancó la gorra sin que él pudiera hacer algo por evitarlo. Ante la mirada de asombro de sus compañeros, la gorra se elevó por el aire y luego cayó en picada al agua bajo el puente.

---- ¡Te cocinaste! ----Alejandro Huerta se reía burlándose. Varios le copiaron en su actitud burlesca----. Camila te va a matar por esa estúpida gorra.

César hizo el ademán de correr, pero el jefe de tropa lo detuvo, se acercó a él y lo quedó mirando. En su rostro se lograba identificar que intentaba aguantarse la risa. Sin embargo, su tono era de seriedad.

---- ¿Qué vas a hacer César?

---- Cumplir con mi promesa. Dije que cuidaría esa gorra rosada con mi vida y así lo haré.

---- César, es sólo una gorra, Camila lo entenderá. Además, no tienes por donde bajar.

César observó unos instantes hacia los dos extremos del puente. Su jefe tenía razón, no había forma de bajar. Al menos una forma que fuera fácil. Pero desde el momento en que esa gorra había volado por el aire, César ya había decidido ir por ella. Así que debía recuperarla.

---- Tiene razón ----señaló no muy convencido----. No puedo hacer nada.

El jefe de tropa asintió y volteó a mirar a los demás. Ese fue el momento que aprovechó César para correr hasta la orilla que le pareció más asequible y trepó a la baranda del puente. Comenzó a bajar por los fierros sobresalientes que había visto en su rápida observación ante los gritos de su jefatura y sus compañeros. Cuando estuvo a mediana altura no lo pensó dos veces y se lanzó al agua. Nunca se había arriesgado por nada. Ésta sería su primera vez... y la última.

Cuando cayó al agua quedó sumergido hasta un poco más abajo del cinturón. Nada tan terrible. Su deducción había sido acertada. El río no era profundo, pero para no arriesgarse a hundirse de improviso, avanzaba muy lento. El agua estaba helada y a los pocos segundos sintió como si su cuerpo se adormecía. Principalmente las piernas. Por el rabillo del ojo vio fugazmente que algo se había movido a un costado. Volteó a mirar, pero no observó nada extraño. Un calor en la boca del estómago le hizo entender que comenzaba a sentir temor. No tenía idea de qué, pero la chispa de miedo se había alojado en él.

Al mirar hacia arriba el sol lo encandiló, sólo pudo distinguir las siluetas ensombrecidas de sus compañeros que lo alentaban a conseguir su objetivo. Sabía que una vez que saliera del agua le esperaba una reprimenda muy grande de parte de su jefatura, pero estaba dispuesto a aceptarla. Todo fuera por Camila (por la gorra de Camila).

Le quedaban unos dos metros para llegar a la gorra que se había movido lentamente sobre el agua. Fue ese el momento en que aquella cosa avanzó hacia él (más tarde algunos describirían a la policía que desde el puente se veía como una mancha de petróleo, otros como una bolsa de plástico. Algo que, por supuesto las autoridades policiales no tomarían en consideración, desestimando las declaraciones y aludiendo aquella descripción por causa de una histeria colectiva que los había llevado a imaginarse algo así. Ni siquiera tomarían en cuenta que se trataba de

quince personas que señalaban lo mismo.)

Al dar un siguiente paso, César sintió que un pie se le hundió en el barro, quedando atascado, sin poder avanzar. Nuevamente el temor, pero ¿De qué?

---- ¡Vamos César!

---- ¡Tú puedes mi románticón!

Cada frase que lanzaban desde el puente, le causaba más gracia a César, que no pretendía quedarse tan sólo en el intento. Finalmente llegó a la gorra ante los vítores de todos sus amigos. No le importó que estuviera mojada así que se la puso y alzó las manos en señal de triunfo. El temor seguía ahí, alojado en él.

Algo en frente se movió.

Al mirar hacia delante sólo vio rocas y una especie de bolsa sobre el agua. Nada por qué preocuparse. Sin embargo, el temor no lo abandonaba. Algo extraño le hacía sentirse angustiado. En un instante el miedo se agudizó. Tal vez porque repentinamente al alzar la vista nuevamente, vio que las siluetas de sus amigos agitaban los brazos en señal de desesperación.

---- ¡César, sal del agua, rápido!

Aquella orden desde el puente terminó por acrecentar su miedo o tal vez fue que de un momento a otro la bolsa había llegado donde él se encontraba.

Debía salir rápidamente del agua. Pero en su lucha por avanzar velozmente, los pies se le sumergían en el barro, enlenteciéndolo aún más.

El fuerte dolor en su pierna le hizo creer que un tiburón le había mordido. Algo ridículo en un río, sin duda. Su respiración se aceleró. Su corazón comenzó a latir a mil. Su pierna le ardía. Al mirar hacia abajo descubrió que la bolsa que viera un momento antes, se le había adherido (que de cerca ya no parecía una bolsa porque tenía pelos). Sacudió su pierna para intentar quitársela y entonces aquella cosa se movió tan rápido que en un segundo se había enrollado en él hasta la cintura. Su grito fue inevitable. Escuchó que algo o alguien caía al agua cerca de él, tal vez para ayudarlo. Miró hacia arriba en el puente, luego hacia un costado, pero no distinguía nada. Su vista se estaba nublando. El dolor era cada vez mayor. Intentó avanzar por el río hasta la orilla, pero podía sentir que aquella cosa lo succionaba.

---- ¡Afírmate de esta rama! ----le gritó la voz de su jefe a poca distancia.

Ya no veía nada, alzó sus manos para intentar sujetarse de la rama que le señalaban, pero éstas sólo tocaban agua. Chapoteó durante unos segundos por si tenía suerte, pero no lograba tocar ninguna rama. Sintió una nueva succión y el dolor fue mayor. Se imaginó la piel disolviéndose bajo aquella cosa. Con su mano trató de apartarla, pero sólo logró que ésta quedara pegada a lo que lo atacaba. Un nuevo dolor lo envolvió. Sin embargo, en la desesperación logró retirar su mano y el terror se apoderó de él al ver que ésta no era más que huesos y algo gelatinoso. Ya no quedaba nada de piel en aquella mano con la que había acariciado el rostro de Camila, antes de besarla por primera vez. Quiso gritar por ayuda, pero la voz ya no le salía. Comenzó a convulsionar. Aquella cosa se lo estaba tragando vivo. Sentía como si hubiese caído en ácido porque el ardor era absoluto. De un momento a otro creyó oír que los huesos de sus piernas sonaban al quebrarse. Después ya no las sintió más. Comenzó a sumergirse en el agua. Bajó la mirada y vio que estaba completamente cubierto por aquella cosa hasta el cuello. Lo último que pensó era que no quería morir, pero también extrañamente, recordó el pito de silencio (Nueve puntos separados en grupos de tres). Luego todo se volvió negro.

La gorra rosada quedó flotando en el agua.

Aquella mancha como la llamaron algunos, avanzó lentamente por el río hasta perderse en una curva. Horas más tarde llegaría hasta el sector que los lugareños conocían como Las Compuertas, donde quedaría deambulando.

Capítulo 2

CRISTOBAL (I)

1

Vuelve a tomar su mano. Es necesario un último esfuerzo para sacarla. Aquella aterradora cosa puede volver en cualquier momento, pues claramente su energía... y hambre, es inagotable.

Si tan solo hubiesen obedecido las recomendaciones. Si al menos hubiesen creído las historias que se contaban, no estarían a punto de morir. Su corazón está a punto de estallar. La adrenalina le ha subido al tope. En una rápida mirada observa hacia uno y otro lado del lago. No se ve nada. Los demás se han salvado, pero su amiga aún no. Pero no puede morir, no ella. Por eso debe aguantar un poco más, tan solo un poco más, pero es inevitable. Ella resbala, sus manos están mojadas y es difícil sostenerla. Cae al agua nuevamente.

— ¡No! ¡Por favor aguanta, vuelve a subir! —Le grita con todas sus fuerzas.

Ve como ella lo observa aterrada. El rostro desencajado de desesperación. Sus lágrimas se confunden en su cara mojada. Pero aun así y en esa situación, no pierde su belleza. Siempre ha sido hermosa, por eso se sintió atraído. Ella da manotazos, una y otra vez sobre el agua, intentando acercarse nuevamente al muelle. Lo logra con dificultad, hasta que se afirma de uno de los pilares.

Todo pasa lentamente. El decide recostarse sobre el muelle y así acercarse más a ella. Extiende sus brazos. Con sus dos manos sujeta las de ella y en un rápido impulso intenta subirla.

Aquella cosa aparece repentinamente. La abraza y se la arrebató de las manos, la envuelve sumergiéndola en las profundidades del lago. Decide entonces lanzarse al agua para rescatarla, pero aquella cosa sale a la superficie, se lanza sobre él y todo se oscurece.

— Nooo! — grita por última vez.

— ¡Nooo!

Cristóbal Andrade despertó súbitamente con un grito. Una mano familiar pasó sobre su rostro. Miro hacia el lado y vio que Maritza, su

esposa, lo acariciaba con ternura, pero en su rostro había preocupación.

— ¿Estás bien?

Tragó saliva. Miró nuevamente a Maritza y luego observó la posición en que se encontraba él. Estaba sentado, pero de lado, con su mano izquierda en la entrepierna. Su brazo derecho le rodeaba el cuello (como queriendo asfixiarse él mismo). Su mano sobre el hombro. No era la mejor posición para dormir. Pestañeó varias veces. Se acomodó en su asiento y tragó saliva nuevamente. Intentó despertar del todo. Sintió calofrío. Se había quedado dormido sin darse cuenta y luego sus apacibles sueños se habían transformado en aquella pesadilla, alimentada por los recuerdos de su subconsciente.

Sintió que el asiento se movía con un leve vaivén, y sólo entonces recordó que viajaban en tren rumbo al sur.

— Si —dijo—. Estoy bien —Intentó parecer calmado, pero su mirada lo traicionaba como siempre. Era muy difícil mentirle a Maritza sin que lo descubriera. Por eso siempre ella le gana en el póker y en el dominó—. Sólo tuve un muy mal sueño, pero nada tan grave.

Cristóbal vio de reojo a la joven que viajaba en el asiento del otro lado del pasillo. Le recordó a Amanda, su gran amor de juventud. Se estremeció.

El sonido de la sirena del ferrocarril lo arrancó de su pensamiento y lo trajo rápidamente de regreso junto a su esposa. Ella le regaló una sonrisa. Estaba claro que no le creía el que estuviera bien.

— Aquel mal sueño —dijo ella— ¿Tenía relación con el agua, o alguna laguna?

¡Ahí está! Su esposa ya lo había descubierto, se había demorado menos de un minuto en descubrir que él había tenido una pesadilla relacionada con su gran miedo al agua.

— No hay caso contigo, amor —dijo. Se sentía derrotado una vez más en el juego de las mentiras— Siempre me pillas cuando oculto alguna cosita.

— Tu eres el que no sabe mentir.

Ambos rieron al unísono. Cristóbal le tomó las manos y le dio un beso en la frente. La amaba por sobre todas las cosas. Pero tenía muy claro que nunca sentiría más por ella, que el amor que tuvo por Amanda.

Cruel, pero cierto.

— Si se trataba de un lago —dijo él.

— Ya me lo suponía. Me di cuenta de que te movías de un lado a otro mientras soñabas. Supuse que era una de tus pesadillas recurrentes.

Cristóbal suspiró.

— Pero estoy bien —Acomodó su cabeza en el hombro de su esposa—. Quédate tranquila.

El sonido del tren en el que se encontraban viajando era constante, y llegaba a ser casi relajante (tal vez por eso hasta en YouTube existían sonidos de tren para la gente que le gustaba dormirse imaginando que iban viajando).

Miró hacia los asientos que estaban frente a él, pasando la mesa que los separaba. Sus hijos no se habían dado cuenta de su pesadilla.

Matías tenía los ojos cerrados y escuchaba música. Lucy en cambio estaba sentada de lado y dormía. Eran su razón de vivir, desde que Matías, con diecisiete años (el mayor), había llegado a este mundo. Era un joven excepcional, amante de la batería y la guitarra eléctrica, con un talento único. Lo llenaba de orgullo. Y por otro lado estaba su princesa, Lucy, de catorce años, amante indiscutible de los gatos y los animales en general. Sin embargo, su debilidad absoluta estaba en "los cuchitos", como solía decirles ella. Ya tenían siete en la casa, y era sólo porque cada vez que Lucy encontraba un gatito callejero, quería rescatarlo y llevárselo inmediatamente. Incluso ya les había señalado que estudiaría veterinaria cuando grande. Al menos ellos como padres, no se lo impedirían. La creencia tanto de su esposa como la de él, era que los niños debían ser lo que quisieran, mientras los hiciera feliz.

— Creo que es hora de que me cuentes la verdad —dijo sin preámbulo Maritza—. No es verdad que estuviste a punto de ahogarte y que tu polola falleció intentando rescatarte ¿Cierto?

Cristóbal la miró casi con vergüenza. Su esposa merecía la verdad, por más que le aterrara contar lo sucedido.

— Tal vez no me creas —dijo

— Pruébame entonces.

Cristóbal se acomodó de mejor forma en el asiento. Eran muchos años de mentir respecto a su historia. Pero quizás era el momento de contar la verdad. Después de todo no era culpable de lo sucedido... en

parte al menos (Aunque su familia pensara lo contrario). Además, podía servirle de terapia previa, considerando que iban viajando precisamente al lugar donde ocurrieron los hechos. Su padre estaba agonizando y había pedido verlo antes de partir. Por eso regresaba al mismo pueblo en el que había ocurrido aquello que aún lo atormentaba.

El día anterior había recibido una llamada de su prima. Estaban cenando cuando sonó su teléfono móvil. Se había parado y caminado a la mesa de la sala de estar donde lo había dejado (Había una regla en la casa, y era que, al momento de comer en familia, todos los teléfonos se quedaban en la sala de estar, en una cajita especial para ello). Tomó el teléfono y contestó sin imaginar lo que aquella llamada le significaría.

Tomó el teléfono. En la pantalla señalaba las 18:50 hrs. Quien lo estaba llamando era su prima, Silvana.

— Hola primito —había dicho ella, como cada vez que le hablaba. Pero en ese momento fue distinto, y él lo supo inmediatamente. Algo en la voz de Silvana no estaba bien. La saludó y le preguntó cómo estaba y si bien señaló que bien, luego corrigió lo dicho.

— En realidad más o menos, Cristóbal. Tu padre está agonizando. Pidió ubicarte porque quiere ver antes...

Se produjo un breve silencio en la línea telefónica. Lo suficiente para que él se angustiara y mirara a Maritza que ya se acercaba don él. En su cara también había preocupación.

— Tu papá va a morir en cualquier momento —dijo Silvana. Su voz se quebró inmediatamente —. Debes venir cuanto antes.

Su prima dijo varias cosas más, pero él ya no escuchaba. Sintió que sus ojos se humedecieron. Una serie de sentimientos encontrados lo invadieron. Luego el recuerdo del distanciamiento.

— Dile que aguante. Mañana mismo salgo para allá.

El recuerdo de esa llamada lo quebró un poco. Su padre nunca quiso perdonarlo por lo que sucedió ese verano (algo injusto porque no había nada que perdonar), y desde entonces se distanciaron y nunca volvieron a hablarse. El único adulto que supo la verdad absoluta fue su abuelo ya fallecido. Y se había llevado el secreto a la tumba, como lo prometió.

Cristóbal miró a su esposa a los ojos y tomó aire para hablar:

— Para contarte todo —comenzó diciendo—, primero debo contarte cómo eran mis veranos...

Capítulo 3

La gran Casona

Todos los veranos íbamos a la casa de mi abuela. Tengo recuerdos desde que tenía unos seis años. Siempre en febrero, siempre al mismo lugar. Y nos encantaba, porque era el momento de reencontrarnos con nuestros primos, contarnos lo que habíamos hecho durante todo el año anterior, nuestras vivencias en la escuela, nuestras notas (donde debo decir, muy a mi pesar, las mías siempre eran las más bajas), las tonteras que habíamos hecho, etc.

Tuve una infancia feliz. A veces se me olvida que fue así, porque no pienso mucho esa época de mi vida. Cada vez que lo hago termino recordando aquel episodio en el verano del 87.

Cada verano, nuestra travesía comenzaba con un viaje en tren, con destino a Chillán. Como éramos chicos y mis padres no tenían mucho dinero, siempre compraban sólo sus pasajes, y con Tomás, mi hermano gemelo, a quien tú no conociste, nos escondíamos bajo sus piernas, cubiertos por una manta, cada vez que el inspector pasaba revisando los pasajes. En aquel entonces los trenes no eran como ahora que estamos en el 2018. Incluso creo que eran más entretenidos antes. Cuando los asientos eran un poco más blandos e incluso los podías mover hacia adelante o atrás, de manera que, si por ejemplo viajaban cuatro personas de una familia, los movías para que quedaran los asientos mirándose de frente. También pasaba un vendedor con una canasta en la mano que gritaba "Malta, Bilz y Pilsen". Se paseaba como cada una hora y con Tomás tratábamos de imitarlo en su tan particular grito.

Otra cosa entretenida del viaje en tren era la parada en la estación de Curicó. El tren se detenía unos diez minutos, así que bajábamos las ventanas y comprábamos tortitas curicanas que eran espectaculares, con un manjar increíble. Venían en paquetitos de seis, y mi mamá compraba diez paquetes porque nosotros nos comíamos como cinco durante el viaje, así quedaban para poder darles a mis primos. Pero cuando llegábamos a la casa de mi abuela, descubríamos que todos habían comprado tortitas (Todos hacían el mismo viaje, salvo la familia de mi primo Erick que venían de Puerto Montt), así que al final, comíamos hasta reventar. Los tíos de Erick viajaban en bus y siempre traían de regalo salmón ahumado. Lo hacíamos chupete.

Una vez que llegábamos a la casa de mi abuela, nos comenzábamos a distribuir las habitaciones. Con mi hermano siempre luchábamos por quedarnos en la que estaba cruzando el patio interior,

junto al comedor, pero nunca ganábamos, y terminábamos durmiendo en la pieza que tenía mi abuela con cinco camas. Era la habitación más grande que he visto. Sería genial que aún fabricaran así las casas, y no esas cajitas de fósforos que hoy en día construyen las inmobiliarias.

La casa de mi abuela era enorme, tenía una habitación central, esa era de ella, que se ubicaba delante de toda la infraestructura. A su lado cruzando un pasillo, estaba un comedor donde cabía una mesa para veinte personas. Y me da tiritones el recordar que al fondo en una muralla tenía colgado un cuadro de "El niño que llora". Me acuerdo de que a veces jugaba a entrar en el comedor y ver cuanto aguantaba mirando al niño del cuadro, directamente a los ojos (Treinta segundos creo que fue lo máximo antes de salir aterrado).

Si avanzabas por el pasillo te encontrabas con un patio interior genial, lleno de rosas, claveles, girasoles y otras flores que ya no recuerdo.

Pasando el patio interior llegabas hasta otro comedor, que era el oficial, porque el otro gigante se usaba exclusivamente para ocasiones especiales. Este otro comedor un poco más pequeño (tan sólo un poco), tenía una mesa redonda donde cabían unas cinco personas y junto a una de las paredes estaba el mesón donde mi abuela amasaba el pan, y nos hacía los <<chocosos>> que eran unos pancitos tipo baguette pero más chicos. Nos encantaban, sobre todo comerlos con huevo revuelto en el desayuno.

Siguiendo hasta el final de la casona, había una especie de bodega, por un lado, donde se guardaban las herramientas como palas, chusos, picotas, etc. Al otro lado cruzabas una puerta y antes de llegar al patio había un pozo de agua de vertiente. Mi abuela no tenía agua de llave, así que toda el agua que ocupábamos salía de ese pozo. La sacábamos tirando un balde con una cadena, y luego cuando el balde se llenaba, lo subías. Fíjate que ahora que lo pienso, tantos años que fuimos a visitarla y jamás se nos ocurrió construir un sistema de poleas para que fuera más fácil sacar el agua.

Creerás que aquí terminaba la casona. Bueno, te equivocas. Después de toda la construcción salías a un inmenso patio. Cuando digo inmenso, no me quedo corto. Ahora lo entenderás. Imagínate que sales del cuarto del pozo y lo primero que ves a tu izquierda es un gran manzano rodeado por una valla, considera que ese espacio tenía más o menos una medida de cinco por cinco metros. A la derecha verás un gallinero (tal como en las películas o dibujos animados), construido con palos y malla. En su interior muchas "repisas" en las que se acostaban las gallinas.

Entre el manzano y el gallinero existe un pasillo (calculo de unos cinco metros de largo) y que termina en una puerta de madera, que abres y entras a otro mundo. Ya lo verás con tus propios ojos, por ahora debes imaginártelo. Este otro mundo es un gran patio lleno de árboles frutales. Manzanos, naranjos, perales, duraznos y tal vez se me quede en el tintero algún tipo de árbol que ahora no recuerdo. Por alrededor se usaba como separación de los terrenos aledaños zarza mora, por lo que comprenderás que más encima teníamos mora a destajo y obviamente mi abuela nos mandaba a recogerla en baldes para usarla luego y hacer mermelada.

Supongo que estás pensando que era como un pequeño paraíso. Bueno, así es. En este espacio fue donde pasé muchos veranos durante mi infancia, donde con mis primos lo pasábamos genial jugando, comiendo fruta, he inventado un sinfín de tonteras para divertirnos. Todo fue genial hasta aquel verano del año 1987.

Capítulo 4

La recolección

El verano del 87 yo tenía 17 años, y era del grupo de los primos mayores, junto con Silvana, Adolfo y Raúl. Aunque nos llevaban por dos años a Tomás y a mí. Roberto, Nicole y Carolina en cambio, eran los menores, entre 7 y 11 años. No recuerdo exactamente la edad que tenían entonces. Nos llevábamos bien. Éramos unidos pese a que solo nos reencontrábamos en las vacaciones. Aun así, nunca discutíamos y andábamos juntos para todos lados. Pero eso fue antes de aquel episodio. Hoy en día ni siquiera nos hablamos.

Ese verano nos pasaron varias cosas, antes de aquello que nos separó. Recuerdo que durante toda una tarde, luego del almuerzo, decidimos recolectar leña con mis primos para que nuestros abuelos tuvieran lo suficiente durante el invierno, ya que según las noticias iba a ser muy duro. Y en el sur sí que llueve, no como en Santiago que ahora con suerte caen tres gotas.

Lo primero que hicimos fue ir recogiendo las ramas que se encontraban en el suelo, esparcidas por todo el sitio. Las fuimos apilando como piras para fogata. No me di ni cuenta cuando ya teníamos unas cinco piras de un alto de medio metro. Después se nos acabaron las ramas del suelo así que Adolfo que era el más aventurero, se le ocurrió subirse a un Roble, para así desde arriba, ir cortando las ramas más pequeñas y lanzarlas. Por si no lo conoces, un Roble es un árbol muy alto que puede medir hasta 40 metros. Pero su tronco mide unos dos metros a veces, hasta antes que empiecen las primeras ramas. Así que Adolfo no halló nada mejor que lanzar primero una piedra amarrada a una cuerda hasta la primera rama. El primer intento fue fallido, el segundo logró que la piedra pasara hacia el otro lado. Se alegró tanto cuando la piedra pasó que se volteó a mirarnos e hizo una señal de júbilo, pero se le olvidó al muy tonto preocuparse de que la piedra se movería como péndulo y se le vino de pronto encima y le pegó en la nuca.

Roberto, Nicole y Carolina se cayeron al suelo de tanto reírse, mientras los más grandes le aplaudíamos a Adolfo por su estupidez. Pero él se hizo el valiente y ni chistó. Yo vi cuando levantó su mano para sobarse la cabeza, pero la bajó inmediatamente. La humillación al parecer había sido suficiente así que se contuvo. Soltó la piedra, tomó la cuerda y comenzó a escalar por el tronco de ese gran árbol. Se demoró unos dos minutos en llegar hasta la primera rama. Ahí se sentó un momento y nos

saludó.

Mis primos chicos estaban fascinados con Adolfo. Para ellos, se trataba de un héroe por llegar hasta ese lugar.

Era chistoso ver a Adolfo allá arriba cortando las ramas que luego lanzaba al abismo. Mis primos chicos eran los más felices en ir por las ramas y luego apilarlas en otro sector. A ratos Adolfo nos pedía un cigarro y nosotros lo amarrábamos a una cuerditita que el dejaba caer primero, para luego recogerla con el cigarro enganchado. Así deben haber pasado unas dos horas. No recuerdo si nos dimos cuenta de que el viento había empezado a soplar más fuerte, pero cuando el árbol comenzó a tambalearse, entendimos que se estaba poniendo peligroso el que Adolfo siguiera allá arriba. Fue entonces que Tomás decidió tontamente ir por él. Todos sabíamos que era una imprudencia lo que estaba haciendo, pero aun así los dejamos. El Roble comenzó a balancearse de un lado a otro, cada vez con más fuerza y los nervios empezaron a apoderarse de los que estábamos en suelo firme. En un momento de reflexión Adolfo entendió que ya era tiempo de bajar.

— ¡No sigas! —dijo Adolfo. Gritó hacia abajo, poniendo sus dos manos en la boca para amplificar el sonido.

Pero mi hermano siguió subiendo a encontrarse con él. Desde abajo nosotros también le gritábamos que se detuviera, que era peligroso, pero Tomás siempre fue porfiado. Miró hacia abajo y nos saludó con una mano. Aún recuerdo de manera muy vívida cuando se le soltó la mano que lo sostenía de una rama. Lo vimos todo en detalle, Tomás intentado agarrarse con la otra mano y luego con ambas, las cuales resbalaron. Mi hermano cayó y dio un grito que no alcanzó a durar más de dos segundos. Otra rama no muy gruesa, interrumpió milagrosamente su caída, al quedar una de sus piernas atrapada. Sentimos el sonido de un hueso al romperse. Sonó igual que una rama seca al quebrarse. Todos gritamos y luego corrimos hacia el árbol. Debíamos bajar a Tomás, lo más rápido posible, antes que la rama cediera, y mi hermano cayera finalmente al suelo.

— ¡Aléjense del árbol! —dijo Adolfo—. ¡Yo bajaré por él!

Dudamos por un momento, pero entendimos que era lo mejor, así que retrocedimos y sólo nos quedó esperar.

Mi corazón saltaba. Empecé a temblar de miedo. Miraba como Adolfo bajaba con cuidado por entre las ramas, pero también lo hacía lo más rápido que podía. Debía llegar cuanto antes cerca de Tomás. Primero una rama, luego la otra, luego una más. Con cada segundo que pasaba se me venían imágenes de mi hermano cayendo desde esa altura, quebrándose la espalda, reventándose la cabeza o partiéndose otra pierna

o un brazo. Lo que menos pasaba por mi mente, era un pensamiento positivo.

El viento se intensificó. Juro que escuché bramar al viento. Creí que incluso se había puesto de acuerdo con el árbol, y le hablaba, dando órdenes para lanzar a mi hermano al vacío.

Cuando la rama que sostenía a mi hermano terminó por quebrarse, sentí que me iba desmayar. Eran tan sólo unos segundos de caída al suelo y Tomás se rompería el cuello, pero Adolfo había alcanzado a tomarlo en el momento justo en que la rama cedía. Después no recuerdo muy bien lo que pasó, sólo que al final Tomás y Adolfo habían llegado al suelo, afirmándose de las ramas. Mi hermano cojeaba, pero al parecer no era tan grave. Más tarde nos enteraríamos de que sólo se trataba de una torcedura y no de una fractura, según lo que dijo el médico luego de hacerle una radiografía. Esa torcedura fue la que destinó a mi hermano a lo que le ocurriría al siguiente día. Si no hubiese tenido el pie malo, habría podido nadar mejor...

* * *

Se había quedado varios segundos en silencio hasta que su esposa le habló para sacarlo de ese estado pensativo.

— Claramente eran muy aventureros tus veranos de infancia —dijo Maritza.

Cristóbal la miró a los ojos con ternura y tomó sus manos entre las suyas. Le sonrió tristemente.

— Hace mucho que no contaba a nadie estas vivencias —dijo—. Creo que igual me hace bien, aunque me estoy desviando del tema principal.

— Tranquilo amor, tú mismo lo dijiste, es necesario que me cuentes todo. Tenemos tiempo. Continúa por favor.

A unos cuantos vagones se escuchó el pitazo del ferrocarril en el que iban. Al mirar por la ventana, César pudo ver que iban pasando por un sector poblado. De seguro el maquinista había tocado el pitazo para saludar a la gente del lugar. Algún abuelo que se dedicaba a observar todo el día los trenes que pasaban, sentado en su silla. O quizás algunos niños que jugaban a la pelota en una improvisada cancha de tierra y se habían detenido a saludar al tren que pasaba.

Volvió a mirar a Maritza. Ella lo miraba compasivamente, esperando que él reanudara su historia. El recuerdo de la imagen de Amanda cayendo al agua volvió a atormentarlo. Miró hacia los asientos donde viajaban sus hijos, y luego nuevamente miró a los ojos a su esposa.

— Mis veranos eran muy entretenidos. Y como dices tú, estaban llenos de aventuras. Al menos hasta el año 87.

— Entonces sigue con tu relato, amor. Quiero entender qué es lo que hasta el día de hoy te pone tan tenso cuando estás cerca del mar, o algún río o lago.

— Entonces continuaré...

Capítulo 5

Las Compuertas I

No sé si cualquiera que escucha el nombre de “Las compuertas”, se podrá imaginar de buenas a primeras de qué se trata. Cuando yo las conocí debo haber tenido unos nueve o diez años, y las encontré gigantes, pero cuando fui creciendo mi percepción fue cambiando y ya no las encontraba tan inmensas. En aquel lugar pasábamos los mejores momentos y ahí también fue donde aprendí a nadar, y de qué forma.

Las compuertas eran, o, mejor dicho, son (porque aún existen) una especie de puertas de fierro entre gruesos pilares de concreto, que estancan el agua y permiten distribuirla hacia diversos sectores del pueblo. Debes imaginarte la estructura como una especie de represa, pero en bastante menor escala.

Mi recuerdo es que estas compuertas eran seis y que cada una tenía arriba una especie de rueda giratoria que la utilizaban para abrir cada compuerta. Para eso se requería de varias personas tomando esta rueda para hacerla girar.

Comúnmente siempre tenían una compuerta abierta y por ahí salía el agua con fuerza hacia una canal que iba alimentando canales de regadío para las plantaciones aledañas.

Dado que las compuertas estancaban mucha agua del río, éste se transformaba en un pequeño embalse en el cual solíamos ir a nadar. A veces jugábamos a quien aguantaba más tiempo en afirmarse de la compuerta abierta, evitando que te succionara la presión del agua. Siempre ganaba Adolfo, aunque tiene un poco de lógica ya que era el mayor. Se sostenía fuertemente y cuando ya calculaba que había superado el tiempo de los demás se soltaba y salía disparado por el canal y lograba salir como a unos dos kilómetros de distancia. Lo simpático era que terminó inventando unas sandalias con hojas para poder volver caminando y no tener que quemarse los pies o ensartarse alguna espina. Las sandalias consistían en una hojas grandes y suaves. Se ponía dos en cada planta del pie y luego se las amarraba con otras hojas que eran muy delgadas y firmes. Parecían como de cáñamo y les daba vuelta por todo el pie para que quedaran bien sujetas las otras hojas.

Pasábamos toda la tarde en ese lugar, nadando, jugando, comiendo las frutas que llevábamos que comúnmente eran sandías y melones, además de los panes amasados con queso que nos preparaba nuestra abuela. Era

genial aquel lugar.

Llegar a las compuertas también era toda una aventura. Almorzábamos en la casona y luego de reposar una media hora (Nuestra abuela nos obligaba a reposar. Eran otros tiempos) y luego partíamos rumbo a las compuertas con nuestros bolsos con fruta y pan.

El trayecto consistía en ir por varios caminos de tierra, además de cruzar unos cuantos alambrados y pasar por una zona llena de arbustos. Mientras caminábamos, siempre los primos mayores llevaban de la mano a los más pequeños.

El viaje demoraba unos cuarenta y cinco minutos aproximadamente, siempre y cuando no nos enfrentáramos a algún imprevisto, como esa terrible vez en que a mi prima se le ocurrió ir vestida de rojo.

Generalmente las personas creen en aquel hecho de que, si le muestras algo de color rojo a un toro, él te saldrá persiguiendo con furia. Bueno, yo hasta el día de hoy no lo creo, pero lo que sucedió en esa oportunidad demostraba lo contrario.

Ese día Silvana vestía un lindo vestido de color rojo intenso. No llevaba a nadie de la mano, por lo que su caminar era más rápido que el del resto. Nadie se dio cuenta, ni siquiera ella, de que de un momento a otro se adelantó mucho del grupo. El problema de aquella situación es que iba caminando con la vista hacia el suelo, directamente hacia un toro. Cuando levantó la vista se quedó paralizada. El animal estaba a unos diez metros y la estaba mirando fijamente.

Cuando me di cuenta de hacia donde se dirigía mi prima, me desesperé así que le grité impulsivamente.

---- ¡Corre Silvana!

Fue un gran error de mi parte.

Ahora después de tantos años comprendo que el error fue mío. Lo descubrí al ver un programa de televisión donde una especie de "cazadores de mitos" comprobó que es falso el que los toros ataquen el color rojo.

Los protagonistas de aquel programa, se dieron el trabajo de construir una serie de muñecos o "matadores falsos" y vestir a cada uno con atuendos de 3 colores: rojo, blanco y azul. Luego, colocaron los muñecos en una jaula y soltaron un gran toro para comprobar si éste realmente podía sentir algo por el color rojo en particular. Los resultados de aquel estudio fueron bien claros, el mito es falso. El toro acometió con la misma fuerza y tremenda ferocidad contra los 3 muñecos exactamente de la

misma manera, incluso cuando los tres colores se mezclaron. Con un sistema de control remoto, el equipo también demostró que, en realidad, el animal se mostró más activo cuando los muñecos eran movilizad

Lo que llama la atención de los toros es el movimiento, no el color rojo. Por eso fue un error gritarle a Silvana. Porque ella tras mi grito decidió huir del lugar.

En ese momento sentí que la respiración se me cortaba. El toro hizo un extraño ruido que hasta hoy recuerdo y se preparó para atacar.

A la distancia vi que Silvana tomaba una bocanada de aire, daba media vuelta y emprendía la carrera. El toro decidió tomar un papel de villano y en una fracción de segundo comenzó a correr directamente hacia donde se encontraba mi prima.

El miedo se apoderó de todos nosotros. Tomé a mi primo menor y lo hice saltar la cerca que teníamos a mano izquierda. Inmediatamente todos los demás comenzamos a pasarnos hacia el otro lado, mientras seguíamos gritándole a Silvana que corriera más rápido. Ella no podía pasarse hacia el otro lado porque estaba lleno de zarzamora y debía avanzar al menos unos veinte metros para llegar a la zona de la cerca. En un momento miró hacia atrás sin parar de correr, sólo para comprobar que el toro seguía corriendo cada vez más rápido. Se había acercado mucho a ella. No recuerdo cuántos <<Ave María>> recé ni cuántos garabatos lancé ente rezo y rezo, suplicando que no le pasara nada a Silvana.

En un momento estuve seguro de que el toro mataría a mi prima. Fueron tan sólo unos poquitos metros los que separaron a Silvana de una tragedia.

Llegó a la cerca y logró pasar por entre los palos en el momento justo en que el toro ya intentaba cornearla (Más tarde diría que sintió la respiración del toro en su espalda). Cayó al suelo de cabeza y entre todos ayudamos a pararla sin dejar de reírnos. Claro, una vez que el miedo había pasado.

Bueno, desde esa vez que mi prima ya no usa el color rojo. Claramente quedó un poco traumada con lo vivido.

Es así como vivíamos muchas aventuras, verano tras verano. Pero volviendo al trayecto que recorríamos para llegar a Las Compuertas, finalmente luego de unos cuarenta o cuarenta y cinco minutos, llegábamos al camino que iba directamente a aquel lugar y que estaba paralelo a un canal (por el que salía mi primo después de que el agua se lo llevaba, tras el juego de quien resistía más). Caminábamos por la orilla del canal hasta que el camino se terminaba y se transformaba en un pequeño sendero que en algún momento se convertía en un caminito de concreto que iba cobrando altura y en el cual debíamos hacer equilibrio y

seguir caminando porque se transformaba en una muralla de concreto que era parte de las compuertas. Su ancho no debía ser más de 40 centímetros. Debíamos caminar concentrados y con mucho cuidado porque si perdíamos el equilibrio y caíamos hacia la derecha, íbamos directo al agua. Lo complicado era si caíamos a la izquierda, porque de ese lado no había agua. Había una altura de unos cuatro metros hasta el suelo, que se encontraba lleno de piedras. Si no te matabas por el golpe, de seguro quedabas tetrapléjico o algo parecido.

Allí pasábamos la tarde. Los más grandes nadábamos y nos turnábamos para cuidar a los más pequeños que no sabían nadar y jugaban al otro lado de las compuertas que contenían el agua, chapoteando en unas pozas.

Aprovechábamos de fumar, ya que no había un adulto que nos controlara y luego nos tocaba sobornar a nuestros primos menores para que no fueran a contarle a nuestros padres. Hasta el día de hoy aquel recuerdo es genial.

Capítulo 6

Capítulo 6

La Regresión

Cristóbal miró a sus hijos, cada uno iba en su propio mundo. Matías jugaba en su teléfono mientras que Lucy escuchaba música y leía un libro. Aún no podía entender cómo era capaz de hacer ambas cosas. Generalmente cuando él leía, le gustaba hacerlo en silencio ya que la música lo distraía, pero a Lucy parecía concentrarla más. La admiraba por esa capacidad.

Un vendedor se acercó a ellos y les ofreció lo que tenía para vender. Cristóbal miró el carro que llevaba. Había queques, papas fritas, bebidas, chocolates. Todo lo que una persona desea para tener una vida saludable. Sonrió. Ya no era como en sus tiempos de infancia, donde el vendedor gritaba a todo pulmón para ofrecer sus productos.

- ¿Es todo lo que tiene?

Maritza se le había adelantado al preguntar eso al vendedor.

- También tenemos desayunos. Aliado de jamón y queso calentito. Y té o café si gusta. Se los puedo traer aquí, no es necesario que vayan a la cafetería.

Cristóbal miró a su esposa y le adivinó el pensamiento. Lo mejor era estirar las piernas un rato.

- Creo que iremos a la cafetería.

- Como guste -indicó el vendedor levantando sus hombros.

Preguntaron a sus hijos si querían algo y luego de tomar nota mental del pedido, caminaron al ritmo del vaivén por los vagones hasta llegar a la cafetería.

Cristóbal se sorprendió del lugar ya que se lo había imaginado de otra forma, pero si bien, se trataba de un vagón exclusivo para usarlo como cafetería, no tenía mesas ni asientos. Sólo unos mesones junto a las ventanas. Había que comer de pie.

- ¿Estás segura de querer quedarte aquí un rato?

Maritza también se veía sorprendida de ver el vagón. Tampoco era lo que

esperaba.

- Si, quedémonos, es bueno estar un momento de pie. Además, podemos disfrutar de una taza de café mientras miramos el paisaje afuera y tú me sigues contando la historia.

Hicieron el pedido de sus aliados y sus tazas de café. Cuando se los entregaron descubrieron que se trataban de unos sándwiches de miga calentados en microondas y las tazas de café en realidad eran vasos térmicos. Sonrieron. Se acomodaron frente a un mesón y Maritza hizo un brindis.

- No es el desayuno que me imaginaba, pero lo disfrutaré. ¡Salud!

Chocaron sus vasos térmicos y bebieron un sorbo. Cristóbal sopló el contenido de su vaso unos segundos y volvió a beber.

- Debo ir al baño -dijo luego-. Espérame unos segundos.

Maritza asintió y mientras veía alejarse a su esposo suspiró. Estaba logrando su propósito de que le contara la tragedia que lo traumó. Estaba a punto de lograr lo que su amiga le había recomendado «Cuando tu esposo de manera voluntaria le cuente a alguien, lo que le ocurrió, sólo entonces comenzará a sanar».

Por supuesto que aquellas palabras no las había escuchado Cristóbal, porque aún no despertaba cuando se lo dijo. Si bien sabía que era lo mejor, igual sentía que lo había engañado durante mucho tiempo al no haberle revelado la verdad de lo que había dicho durante su regresión. Ella había decidido decirle que no había dado ningún resultado aquella experiencia, pero eso no era cierto. Maritza ya sabía, al menos en parte, lo que le había ocurrido a su esposo años atrás, y aún recordaba en detalle aquel día de la sesión, cuando Cristóbal reveló parte de su experiencia...

El día de la regresión, Maritza y Cristóbal estaban compartiendo en casa de unos amigos. La velada había sido muy agradable. Contando anécdotas, viajes y debatiendo temas que se encontraban vigentes en la sociedad. Se encontraban en la sala de estar sentados en varios sofás y sillas alrededor de una mesa de centro.

Maritza miró a su esposo y lo vio relajado. Eso era muy importante a la hora de querer someter a alguien a una regresión. Ella lo había planeado todo con su amiga Natalia, que se dedicaba a eso como actividad complementaria a su trabajo. El plan era sencillo, en algún momento de la conversación, debían entablar el tema de las cosas que les apasionaba hacer fuera del trabajo. De esta forma al llegar el turno de Natalia, comentaría a qué se dedicaba y Maritza le plantearía su escepticismo. Así

el resto de los amigos de seguro se interesarían y querrían verla en acción. Era ahí donde entraba en juego Cristóbal, a quien Nicole le pediría su colaboración como voluntario para demostrarles que era cierto.

Quince minutos más tarde el plan ya había comenzado y Natalia intentaba convencer con algunos argumentos al grupo.

- ¿No es peligroso esto de las regresiones?

- No, Marcelo. Lo que pasa es que comúnmente la gente está mal informada respecto a esta materia.

- No sé. Esto de las vidas pasadas es un poco extraño -señaló de pronto Cristóbal. Para creer debemos también aceptar que entonces existe la reencarnación.

- Así es. La reencarnación existe -dijo Alejandra luego de dar un sorbo a su copa de vino-. Mi tía me contó que se había hecho una regresión y descubrió que había sido una burguesa.

Uno de los invitados se levantó de su asiento y tomó la botella de vino para servirse una copa. Mientras lo hacía les habló a todos:

- Yo recuerdo un programa de televisión en el que en vivo se sometía a algunas personas a esto de las regresiones y mientras estaban medio hipnotizados iban recordando sus supuestas vidas pasadas. Pero se desató una polémica porque un psicólogo señaló que todo eso era no tan cierto. El problema es que es que estas narraciones, según él, no se ajustan necesariamente a la realidad, sino que son recreaciones de las personas que se someten a hipnosis. El tipo señalaba que lo que puede ser tomado como la reproducción fiel de unos hechos pasados ya sea por el paso del tiempo o por amnesia, no es necesariamente cierto ya que «no hay evidencia científica» que lo que se recuerda a través de la hipnosis sea verdad.

- Creo que recuerdo el programa del que hablas. Parece que lo daban en el canal 3 hace unos años atrás. Luego lo sacaron del aire -dijo alguien.

- Bueno, les aseguro que no es peligroso y que es cierto -indicó Natalia tratando de zanjar la situación.

- Yo siempre lo he dicho -señaló Maritza-. Ver para creer como dijo Santo Tomás.

Natalia asintió, esa era la señal. Luego regaló una sonrisa al grupo de amigos que la miraba expectante.

- Entonces se los demostraré. Necesitaré un voluntario.

Maritza sintió desesperación al ver de reojo que la pareja de Marcelo comenzaba a alzar la mano. Eso lanzaba todo el plan al carajo. No podía haber otro voluntario que no fuera Cristóbal. Lanzó una mirada furtiva a Natalia quien comprendió inmediatamente la situación y se adelantó.

- Cristóbal me gustaría que tú fueras mi ayudante ¿Te parece?

- ¿Yo? No creo...

La otra muchacha desistió y bajó rápidamente la mano. Maritza sintió que le volvía el alma al cuerpo. Ahora sólo quedaba que Cristóbal se convenciera.

- Vamos, amor, será divertido. Veamos si es tan cierto esto de las regresiones que nos ha explicado Natalia.

Cristóbal arrugó la frente, y alzó las cejas. Por un momento Maritza creyó que se había dado cuenta de la artimaña.

- No estoy seguro -dijo y se lanzó unos manís a la boca. Los miró a todos como disfrutando el momento-. Pero está bien. Veremos qué ocurre - señaló luego de unos segundos. Varios aplaudieron.

- Bien -dijo Natalia-. Necesito que te acomodes en este sofá individual e intentes relajarte todo lo que puedas -Miró a Marcelo-. Apaga todas las luces, nos quedaremos sólo con esta lámpara encendida. Espero que a nadie le moleste el olor del incienso.

Al ver que nadie decía nada, Natalia sacó una varilla de incienso de una caja de madera y la apoyó en un portador, luego la encendió con un fósforo. Inmediatamente el agradable aroma inundó el lugar.

El ambiente se volvió místico. Todos se quedaron en silencio mientras Natalia se sentaba en otro sofá al lado de Cristóbal y comenzaba a hablarle:

- Bien Cristóbal. Recuerda relajarte todo lo posible, para esto necesito que cierres tus ojos y tenses toda tu musculatura al máximo de tus capacidades. Mantendrás los ojos cerrados siempre y los abrirás sólo cuando te lo indique. Ahora libérate de esa tensión y ve relajando cada una de tus partes del cuerpo. Primero los tobillos... las piernas y muslos. Ahora céntrate en tu cadera y también relájala. Ahora tu abdomen... pecho... cuello. Relaja tu cara... tus ojos y tu cabeza. Piensa en un lugar agradable para ti, que te provoque tranquilidad y te haga feliz.

Maritza comenzó a ponerse nerviosa. Estaba dudando si esto era buena idea ¿Y si algo le hacía reaccionar mal a su esposo? ¿Y si revivía aquel trauma de tal forma que se descontrolaba? Bajó la vista y vio que su pierna derecha comenzaba a temblar. Todavía estaba a tiempo de detener la sesión, pero necesitaba que su esposo sanara así que decidió calmarse. Natalia le hizo una pregunta:

- Maritza, tu esposo ¿Tiene alguna fobia que podamos intentar sanar?

Ella tragó saliva, todavía podía frenar todo. Bastaba con mover a Cristóbal y hablarle más fuerte para sacarlo de su estado de relajación.

- Le tiene fobia al agua -dijo---. No puede estar cerca de lugares con mucha agua como lagos, ríos, el mar.

- Bien, entonces intentaremos con eso -siguió dando instrucciones a Cristóbal ante la mirada de todos-. Cristóbal quiero que imagines una mascarilla en tu rostro, y que desde ella comienzas a inhalar anestesia lentamente. Yo iré contando en reversa y al momento de llegar a uno, volverás a aquel momento que te causó fobia al agua. Diez...nueve...ocho...siete...seis...cinco...cuatro...tres...dos...uno.

Maritza sintió que su corazón se le detenía. No sabía lo que podía pasar de aquí en adelante.

- Cristóbal, soy Natalia, recuerda que estoy a tu lado. Siempre estaré acompañándote. Por favor descríbeme lo que ves en este momento.

Cristóbal frunció el sueño, movió la cabeza hacia uno y otro lado como si estuviera recorriendo el lugar con la mirada, pero siempre con los ojos cerrados.

- Estoy en un embalse -dijo por fin-. Mi novia está en el agua sobre un flotador. Me está saludando a la distancia. Estoy con más personas, pero no logro identificarlas.

- Bien. ¿Ves algo más...alguna situación extraña? ¿Cómo te sientes?

- Estoy intranquilo. Le hago señas a mi novia para que regrese. Creo que algo mala va a pasar.

Maritza no podía más de los nervios. Estaba a punto de saber por fin lo que le había pasado a su esposo. Pero su temor comenzó a hacerse realidad. Cristóbal se había empezado a mover y contorsionar en el sofá. Se notaba demasiado intranquilo. Los presentes también se sintieron incómodos.

- ¡Ahí está esa cosa! -gritó Cristóbal. Algunos saltaron de su asiento. El grito había sido repentino y muy fuerte.

- Calma Cristóbal. Dime que cosa es.

- No lo sé...parece una mancha... ¡Viene por Amanda! ¡Se cayó del flotador!

- Tranquilo Cris...

- ¡Amanda! ¡Nada rápido! ¡Apúrate!

- Cristóbal, no es real, no estás en peligro...

- ¡La cosa la atrapó! ¡Se la está comiendo!

Varios de los presentes en la sala se pararon de sus asientos. La tensión en el ambiente era evidente. Maritza se acercó a Natalia.

- Despiértalo por favor, no está bien.

- Pero debemos saber qué es esa cosa.

- ¡Amanda está gritando! ¡Aquella cosa la succiona! ¡Voy por ella!

Cristóbal se paró del sofá ante la sorpresa de todos e hizo un gesto de lanzarse al agua. Natalia logró poner antes la palma en su frente y empujarlo hacia atrás para que se sentara otra vez.

- Tranquilo a la cuenta de tres volverás a sentirte muy relajado y fuera de peligro. Uno... dos... tres.

Cristóbal comenzó a respirar normal y se notó de manera inmediata que había vuelto a su estado de relajo inicial.

Maritza miró a sus amigos. La gran mayoría de ellos tenían una expresión de sorpresa por lo que acababan de presenciar.

- Muchachos, necesito que no cuenten nada de esto por favor. Que quede entre nosotros. Tampoco le mencionen nada a Cristóbal. Prefiero que no sepa lo que acaba de ocurrir. Cuando despierte actúen normales. Natalia tocó su hombro.

- Maritza, no logramos mucho, pero estoy segura de que cuando tu esposo de manera voluntaria le cuente a alguien, lo que le ocurrió, sólo entonces comenzará a sanar -tomó la mano de Cristóbal y le habló-. Contaré hasta diez y despertarás completamente. Uno... dos... tres...

cuatro...

El pitazo del tren la hizo volver al presente. Vio aparecer a Cristóbal por la puerta del vagón. Su marido se acercó a ella con una sonrisa.

- Es chistoso. Cuesta caminar derecho con el tren en movimiento.

- Así veo.

Maritza no pudo evitar el impulso de abrazar fuerte a su marido. Desde hace tiempo que ya sabía que era mentira la historia de la fobia al agua que contaba. No había estado a punto de ahogarse. Algo lo había atacado, a él... y a su novia de entonces. Tragó saliva.

- Hey ¿Qué pasa? Sólo me fui unos minutos.

- Nada. Sólo que te amo mucho ¿Seguirás contándome la historia?

- Claro que sí.

Cristóbal tomó su vaso de café y bebió un sorbo. Luego le tomó la mano y la miró directamente a los ojos para hablarle:

- ¿Crees en seres extraños?

Capítulo 7

7

El Cuero

No sé si alguna vez habrás oído respecto a lo que te voy a contar. Al menos yo, siempre creí que se trataba de una creencia popular antigua, traspasada de generación en generación.

Ya era de noche cuando mis padres volvieron con mi hermano del médico. Le habían diagnosticado esguince de tobillo. Pero no le pusieron yeso. Sólo lo vendaron y le pasaron muletas.

Con mis primos habíamos armado una fogata y nos encontrábamos sentados alrededor de ella contando historias de terror. Mi hermano se acercó despacio para no interrumpir y se sentó a mi lado.

Mi primo Adolfo estaba terminando de contar su historia de una leyenda urbana en la que una pareja de novios se encontraba en su auto, solos en el bosque y luego de oír unos ruidos extraños, él bajó a ver lo que estaba ocurriendo. Tras unos minutos de espera, la muchacha sintió unos golpes terribles en el techo del vehículo y luego de gritar, se decide a salir y al mirar hacia el techo del auto ve el cuerpo de su novio sin cabeza. Pero golpeaba el techo del auto con algo que tenía entre sus manos. Al observar bien la muchacha grita de horror. Lo que aquel cuerpo tiene entre sus manos, es la cabeza de su novio.

Aquella historia ya me la sabía de memoria así que no le puse mucha atención. Me interesaba saber cómo estaba mi hermano.

— ¿Cuánto tiempo vas a estar así?

— Me dijeron que una semana por lo menos. Me prohibieron ir a las compuertas.

— Pucha lo siento hermanito. Tendrás que aguantarte.

Adolfo terminó de contar la historia y mis primos menores tenían los ojos muy abiertos por el impacto que les había causado el final.

— ¿Quién cuenta otra?

Todos se miraron expectantes. La idea era que cada historia que seguía,

fuera más aterradora.

— Yo les contaré una.

La voz había sonado a mediana distancia. Al mirar hacia la casa vi que mi abuelo se acercaba. En sus manos traía su banquito regalón. Todos lo observamos en silencio cuando llegó junto a nosotros y se acomodó en él banquito, frente a la fogata.

La luz que irradiaba las llamas de la fogata y se reflejaban en el rostro de mi abuelo, me hicieron sentir nervios.

— Haber, si creen tan gallitos poh —dijo mientras todos lo mirábamos expectantes. Sabíamos que sus historias eran las mejores—. Yo les voy a contar una historia wena, wena. De esas que de verda' que han miedo. Y no como esas cagás que estaban contando de urbana...urbana ¿Cómo es que le llaman?, ah ya me acordé, leyenda urbana.

Con aquella introducción no había más que escucharlo, así que nos acomodamos y pusimos atención. De fondo sólo se escuchaba el crepitar del fuego de la fogata, y algunos grillos a lo lejos. Con el puro sonido de fondo a mí ya me había causado miedo. Mi abuelo esperó unos segundos, supongo que para darle suspenso a la historia. Al ratito habló:

—Lo que les voy a contar pasó aquí cerca, en el río que pasa como tres casas más allá ¿Han escuchado del cuero? Supongo que no, bueno de eso se trata esta historia.

El cuero no es más que el cuero de un animal que cuando los han dejado abandonado en el agua, cobran vida ¿Por qué? Ni me pregunten porque eso jamás lo he escuchado en los 60 años que llevo de vida.

El asunto es que los cueros andan flotando en el agua pueh, pero a veces salen a tomar sol a las orillas de los ríos o lagos. Entonces la gente pava que anda por ahí, sin saber que el cuero está vivo, decide recostarse sobre él y ahí es donde el condena' se aprovecha y envuelve a la persona y se la lleva al agua donde le chupa retoita la sangre y la mata.

El asunto es que ustedes conocen a la Meche, la señora que vende queso ahí en la casa de la esquina. Y todos siempre han sabido que ella perdió un hijo hace años atrás. Lo que no saben es como lo perdió. El niño era casi guagüita, apenas caminaba el mocoso. La meche se le ocurrió ir con él a la orilla del río pa' lavar la ropa. Se fue entonces como lo hacía cada martes, a la orilla del río junto a una piedra grande y plana que siempre la ocupaba pa' escobillar. Siempre hacía lo mismo los martes, y siempre iba al mismo lugar. Pero esta vez había algo diferente. La

meche vio que en la orilla había un cuero de animal, así que aprovechó de dejar a su hijo sobre él para que no se ensuciara. Ese fue su error... su gran error.

Mi abuelo se quedó pensativo un rato y todos empezamos a desesperarnos porque siguiera su historia. En un momento creí que se había dormido y nos había dejado intrigados. Se me pasó por la mente tomar una piedrita y arrojársela para despertarlo. Ya tenía una en mi mano cuando mi abuelo volvió a hablar:

— La meche jamás lo imaginó —dijo—. No se dio cuenta de nada hasta que el cuero enrolló completamente al niño y comenzó a arrastrarlo hasta el agua. La meche gritó desesperada, intentó agarrar el cuero, pero se les resbalaba de las manos. Del interior del cuero empezó a brotar sangre, tal vez del niño que era apretado cada vez más. La meche pedía ayuda a gritos, pero nadie la escuchó. Vio con horror como el cuero se adentraba en el agua y luego se sumergía desapareciendo ante su vista. Del cuero y del niño no se supo más.

Cuando mi abuelo terminó su historia, yo me sentí intranquilo. Era tan formidable la forma en que había relatado aquella historia que en realidad no supe si era verdad o mentira. Tal vez mi abuelo le ponía parte de su cosecha para que sonara muy verídica. Miré a todos mis primos y cada uno tenía una expresión distinta, pero que reflejaba temor.

A la distancia se escuchó el extraño cantar de un pájaro que no hizo más que acrecentar el ambiente de suspenso que había entre nosotros.

— ¿No hay forma de matar al cuero?

La pregunta de mi prima Carolina tal vez fue en representación de todos los presentes que nos habíamos preguntado lo mismo, pero en silencio.

— Por supuesto que la hay —dijo mi abuelo—. Debes arrojar al agua un cactus o alguna rama con espinas. Eso hará que el cuero enrolle la rama y al apretar fuerte se clavarán las espinas y se desangrará. Otra cosa un poco más difícil sería secar la laguna o lago donde haya un cuero y así recogerlo una vez que no haya agua. Pero eso jamás se ha hecho... ¿Y les gustó la historia?

— Sí abuelo —dijeron mis primos más chicos.

Mi mamá que se había quedado cerca de la fogata miró su reloj y decidió que ya era hora de acostarnos a todos así que comenzó a acarrearnos hacia la casa. Yo me quedé con mi abuelo para apagar la fogata. Dudé durante varios segundos hasta que reuní valor para hacerle

una pregunta:

— Abuelo ¿Qué tan cierta es la historia que nos acabas de contar?

Recuerdo que mi abuelo me quedó mirando fijamente con una sonrisa en sus labios y me atrevería a jurar que sus ojos brillaron de una manera distinta, casi diabólica.

— Es cierta —dijo—. Tiene algunas cositas extras, pero sólo te puedo advertir que, si van a las compuertas, nunca dejes a tus primos más chicos solos y, sobre todo —me dio una palmadita en el hombro—, no se pasen de las ocho de la tarde estando en el agua. Es el momento en que el cuero sale a buscar comida. Por eso siempre les hemos pedido que regresen antes de esa hora...

Capítulo 8

8

El día fatal

Maritza miró a través de la ventana del vagón. A lo lejos podía verse la carretera interregional que unía todas las principales ciudades del país, desde Arica hasta Puerto Montt. Se veían pocos vehículos, pero los que pudo ver se dirigían todos hacia el sur. Ella también iba hacia el sur, con su familia, con su marido que aún guardaba parte de su secreto. La historia se ponía cada vez más extraña y aterradora. Ya no estaba segura de si quería seguir oyendo hasta el final. Un intenso malestar se estaba formando en la boca de su estómago. Pero Cristóbal se veía muy seguro de seguir contándola y si eso le servía para poder superar aquel trauma, debía dejar que siguiera su relato.

Tomó su vaso y bebió el poco de café que le quedaba.

— Sería bueno que les lleváramos las cosas a los niños

— ¿Segura?

— Sí porque si no se les va a helar.

Cristóbal la quedó mirando unos segundos y luego sonrió como si algo le divirtiera.

— No creo que les importe, si al final siempre les echan agua helada a las bebidas calientes.

Maritza le devolvió la sonrisa. Su marido tenía razón, pero insistió en regresar a sus asientos.

Caminaron zigzagueando por el pasillo del vagón, siempre al ritmo del movimiento del tren, hasta que finalmente llegaron a sus lugares y se sentaron. Entregaron el pedido a sus hijos.

Maritza vio de reojo que Cristóbal se acomodaba en su asiento como si estuviera dispuesto a dormir.

— ¿No vas a seguir contándome la historia?

— No creo amor. Me siento cansado, prefiero que lleguemos a la casa y ahí continuaré. Quizás el estar en aquel lugar, me haga recordar

más y te pueda describir con más detalle lo que ocurrió.

— Pero...

Cristóbal la miró con un ojo cerrado y el otro abierto luego estalló en carcajadas.

— Naaaaa, mentira. Es broma, siéntate y terminaré de contarte lo sucedido. Por fin sabrás lo que nos pasó aquel verano.

Maritza se acomodó en su asiento y le tomó la mano a su marido. Se veía nervioso, pero no dudó en reanudar su relato...

* * *

No sé si el destino existe. Tal vez sí, porque no me explico de qué forma se fue confabulando todo aquel verano para que nuestras vidas se fueran al carajo y ese día terminara en una terrible tragedia. Vamos por parte, lo mejor es enunciar cada punto que influyó en esto:

Mi hermano sufrió aquel accidente arriba del árbol y pese a ser el segundo mejor nadador (luego de mi primo), su tobillo en mal estado le impidió nadar bien cuando cayó al agua intentando salvar a mi prima. Siempre, siempre. Desde que tengo memoria, nos habíamos retirado de Las Compuertas rumbo a la casa de mi abuela, cuando el sol se comenzaba a meter detrás del cerro. Pero ese día algunos de mis primos fueron a sacar melones de una plantación aledaña y eso nos atrasó. Mis tíos nos acompañarían ese día, pero mi abuela les pidió que la llevaran por favor a la ciudad, para hacer un trámite. Tal vez en presencia de ellos, mis primos no habrían ido a la plantación y por lo tanto... Amanda nunca me quiso acompañar a Las Compuertas cuando iba con mis primos, y yo nunca le insistí. Pero esa mañana nació de ella ir con nosotros.

Amanda Lazcano era una joven preciosa. La quise mucho. Aún Recuerdo sus ojos color miel que proyectaban un aire angelical a través de su mirada. Estaba llena de vida. Era muy tierna y cariñosa. Había nacido en el campo y tal vez eso era lo que más me gustaba de ella, que no estaba

contaminada con los prejuicios y las malas costumbres de la ciudad. Eso la llevaba a ser bondadosa y ver siempre el lado amable de las personas (siempre el vaso medio lleno, como decía mi papá).

La noche en que la conocí el aire estaba cálido. Aún cuando cierro mis ojos para imaginar ese momento, también se viene a mi mente el bullicio que había alrededor cuando la ví por primera vez.

Yo había cenado como de costumbre antes de poder salir a la plaza con mis primos. Ese ritual era sagrado, primero debíamos bañarnos y luego cenar (casi siempre era sopa acompañada de pan amasado). Sólo entonces podíamos ir a la plaza hasta las diez de la noche. La rutina era la misma. Llegábamos a la plaza y comenzábamos a dar vueltas por alrededor, mientras ponían música de fondo (los hit del verano).

Nuestra abuela nos obligaba a regresar temprano. Las once y media era el tope máximo. Cuando llegábamos simplemente nos acostábamos a dormir y así al otro día empezar una nueva jornada de verano.

La tarde en que conocí a Amanda fue distinta la rutina. Ese día al llegar la plaza nos dimos cuenta que habían varios locales instalados alrededor de la plaza y la gente se paseaba mirando lo que vendían. Muchos eran de comida rápida pero varios de ellos eran locales de juegos. Estaban los gatos porfiados, achúntele a la botella con la argolla, tiro al blanco, la pesca milagrosa, la lotería, entre otros. Yo decidí participar en los gatos porfiados y cuando la joven que atendía el local me pasó las pelotas con las que debía golpear los gatos (y que estaban confeccionadas con pantis), la quedé mirando a los ojos y ella también me miró. Sentí que el corazón se me aceleraba. Ambos sonreímos. Era muy hermosa, con su pelo largo casi hasta la cintura, su piel morena y ojos claros. Me sentí flechado y a la vez motivado porque lancé las pelotas una a una con mucha precisión y fuerza. Los gatos fueron cayendo uno a uno casi como haciéndome un favor para quedar bien frente a la joven. Juro que yo veía cómo cada gato me cerraban un ojo cuando iba de cabeza al suelo en cámara lenta. En segundos todos los gatos estaban tirados en la tierra.

— ¡Bravo! —escuché que alguien gritaba y al desviar mi vista vi que era la joven que atendía el local, y que además estaba aplaudiendo— ¡Muy buena puntería!

— ¿Qué me gané?

Había hecho el mayor de mis esfuerzos para poner la voz más grave. Ella se acercó lentamente sin despegarme la mirada y me pasó un elefante de peluche.

— Te has ganado esto y un beso de mi parte.

Me besó en la mejilla y yo sentí como si mis piernas se desvanecían. Sin embargo, tuve la valentía para ser un poco más atrevido.

— Te cambio el elefante por un beso en los labios.

Ella retrocedió un paso y enarcó las cejas. Me di cuenta de que me había sobrepasado. Pero ella hizo algo que me enamoró. Se acercó nuevamente a mí. Me tapó los ojos con una mano y luego posó muy dulce sus labios sobre los míos. Quizás fueron tres segundos, pero yo sentí que era una eternidad. Cuando se alejó estaba sonriendo.

Acababa de ser flechado.

— ¿Cómo te llamas?

— Amanda

— Yo soy Cristóbal y me acabas de hacer el joven más feliz de este mundo.

Comenzamos a salir aquel verano y así pasamos dos años juntos. Pololeando durante la época estival y durante el año nos comunicábamos por carta (tal vez no es necesario aclararlo pero en ese tiempo no había smartphone con Whatsapp). Fuimos muy felices, hasta el verano del 87.

Aquella mañana fatídica, salí a recibir la leche que pasaba a dejar todos los días un lechero de la zona y que conducía una carreta tirada por bueyes. Al mirar hacia el puente pude ver que Amanda venía atravesándolo en su bicicleta. Se acercó a mí y me saludó con un beso, luego esperó que yo recibiera la leche y pagara. Una vez que la carreta comenzó a alejarse, me señaló que tenía ganas de ir a Las Compuertas así que iría por primera vez con nosotros.

— Quise venir temprano para avisarte y así me esperen. Lo Bueno es que me ahorraste el llamar a la puerta.

— Justo hoy me tocó salir a buscar la leche

— Ja. Ya mi ternerito, nos vemos después de almuerzo.

Me dio un beso y vi cómo Amanda se subía a la bicicleta y empezaba a alejarse, pero de pronto se detuvo y giró a mirarme.

— ¡Voy a llevar pastel de choclo que hice por primera vez con mi mamá,

para que lo pruebes! —había gritado usando sus manos de altavoz.

— Que rico —le respondí yo y luego le lancé un beso.

Sólo entonces recordé al lechero. Aún esperaba que yo le pagara, así que lo hice y me despedí.

— Hasta mañana ternerito —dijo él y se marchó, riendo.

Eran las tres y media en punto, cuando llegamos aquella tarde a las compuertas luego de nuestro tradicional recorrido cruzando alambrados y cercas. La jornada transcurrió normal. Lo pasamos muy bien. Nos reímos por montón. Hicimos competencia de nado y como siempre ganó Adolfo. No había caso con él, por más que lo intentara, siempre yo quedaba en segundo lugar. También aprovechamos para dar lecciones de nado a nuestros primos menores. Amanda llevó un bote inflable, pero se le quedaron los remos así que nos turnábamos para usarlo y remábamos con las manos para poder avanzar.

A media tarde probamos el pastel de choclo que había preparado Amanda y debo reconocer que estaba espectacular. Aún hoy, que han pasado tantos años, puedo sentir el gusto en mi boca. Y no es porque lo haya preparado ella. Sólo puedo insistir y asegurar que es el mejor pastel de choclo que probé en mi vida, hasta ahora. Ningún otro lo ha superado. La textura suave de la crema del choclo, con su cubierta perfectamente dorada. El pino muy bien sazonado y el pollo en su justa cocción. Puede sonar falso lo que digo, pero es verdad que nunca probé otro igual.

La tarde fue genial sin duda, al menos hasta antes de lo que ocurrió después. Por ningún motivo podríamos habernos imaginado lo que nos deparaba el destino al caer la tarde.

Nunca miré la hora. Fui un imbécil porque nunca tomé mi reloj para mirarlo. Sólo se me olvidó y por eso me siento tan culpable hasta el día de hoy. Adolfo y Silvana, dos de mis primos mayores quisieron ir a sacar choclos en una plantación que estaba del otro lado del lugar por el que siempre llegábamos a las compuertas y se llevaron como ayudante a dos de los más pequeños: Carolina y Roberto. Así que nos quedamos Tomás, Amanda, Raúl, la pequeña Nicole y yo.

Cuando te has divertido tanto se te pasa el tiempo volando y ni siquiera me percaté que el sol comenzaba a ocultarse tras de los árboles,

lo que indicaba que ya eran las ocho de la tarde.

Nicole había pedido dar una última vuelta más en el bote con Amanda, así que se encontraban alejadas de la orilla cuando vi de reojo moverse algo sobre el agua. Apareció de pronto, justo por donde el embalse daba una vuelta y se perdía de vista tras los árboles. Al fijar mi vista hacia aquel sector no pude ver nada concreto. Comprendí que era mi imaginación la que me había gastado una broma.

Raúl encendió un cigarro, se acercó a mí y me ofreció uno, pero lo rechacé. No debo haberle respondido bien porque entendió que algo andaba mal conmigo.

— ¿Qué ocurre?

— No sé —dije—, me pareció ver algo sobre el agua haya en la curva.

Raúl se paró, miró hacia el sector que indicaba mi dedo índice y se concentró para ver mejor.

— Puede ser. Veo algo, pero no logro distinguir bien. Me parece como si fuera...

Cuando se quedó callado sentí que se me cortaba la respiración. Sus ojos se abrieron mucho más.

— Es... es como si fuera una bolsa flotando.

Nuestros rostros deben haber cambiado de pronto porque al acercarse Tomás con sus muletas y mirarnos, su rostro también se desfiguró del susto.

— ¿Qué les pasa? Parece que hubieran visto un fantasma.

Tragué saliva y recordé al abuelo. Mi respiración se aceleró en un dos por tres. Me paré y sólo entonces me di cuenta de que el sol se había ocultado tras los árboles. Saqué mi reloj.

— ¡Mierda son las ocho! —miré hacia donde se encontraban Amanda y Nicole y les grité con desesperación— ¡Amanda regresa rápido, apúrate! ¡Debes salir del agua!

— ¿Pero qué pasa? —volvió a preguntar Tomás.

— ¡Es el cuero! ¡El cuero! ¡Está por allá!

Tomás hizo un gesto casi a punto de estallar en carcajadas, pero cuando miró hacia el agua, comprendió que no jugábamos con él.

No sé si Amanda entendió lo que le decía o se fijó en mis gritos combinados con los movimientos de mis brazos llenos de desesperación. Vi que comenzaba a remar con sus manos hacia donde nos encontrábamos Raúl y yo.

Mi corazón se paralizó al distinguir completamente aquella forma sobre el agua, parecía una combinación de cosas: un cuero, una bolsa, una mancha. Daba lo mismo lo que fuera, se estaba moviendo directamente hacia donde se encontraba el bote y pese a todo el esfuerzo que ponía Amanda, no avanzaba tan rápido.

La desesperación se apoderó de mí. Me tomé el pelo intentado pensar en algo, pero sólo se me ocurría que dependía de Amanda. Debía remar con sus manos lo más rápido posible, pero aquella cosa también se movía con cierta velocidad. Desde nos encontrábamos podíamos ver que los separaba muy poca distancia. Entonces sólo tomé la decisión y me lancé al agua.

Tenía muy claro que yo nadaba rápido, no tanto como Adolfo, pero debía intentar llegar al bote antes que aquella cosa. Sentía que mis brazos y piernas se iban cansando demasiado pronto. Eso era extraño. Mi mente trató de encontrarle una explicación. Quizás mi desesperación me hacía respirar mal y trataba de avanzar a una velocidad mayor a la que estaba acostumbrado. Sí, esa era la razón. Me convencí de ello hasta que en un instante fugaz recordé que habíamos realizado competencias de nado casi toda la tarde. ¡Por eso estaba tan cansado!

Al mirar por sobre el agua pude ver que la criatura estaba acercándose cada vez más al bote. Unos segundos más y lo rozaría. Entonces sólo se me ocurrió gritar lo más fuerte posible. Con mis brazos azoté el agua para causar más ruido, y logré que la cosa pusiera toda su atención en mí. Avanzó rápidamente por el agua y se fue acercando hasta el lugar en el que me encontraba.

Nunca le tuve miedo a la muerte, porque siempre estuve convencido de que sólo era dejar de ser, de sentir. Estaba preparado para eso. Pero al recordar las palabras de mi abuelo tuve en sentimiento de terror absoluto, no a morir, pero sí a la forma en que moriría. Aquella cosa me envolvería y me retorcería los huesos, extrayendo mi sangre, absorbiendo mi piel, tragándome por completo. En ese momento no creí que fuera algo bonito de experimentar así que sólo me entregué a mi suerte y cerré mis ojos a esperar.

El dolor en mi pierna comenzó de manera lenta y fue creciendo segundo a segundo hasta sentir que mi músculo de la pantorrilla se

contraía muy fuerte. No pude aguantar más y salió un grito de mi boca. Abrí los ojos y vi que aquella cosa aún no llegaba a mí. El dolor me lo estaba provocando un calambre. Si no moría devorado, moriría ahogado.

El ruido de un chapuzón a mi espalda me obligó a voltear para poder mirar. Vi con sorpresa que Raúl y Tomás se habían lanzado al agua.

— ¡No Tomás!

Su nado sería malísimo con esa pierna dañada, pero igual se había lanzado a salvarnos y quizás el ruido de mi hermano y primo al caer al agua me salvaron la vida, porque la cosa desvió su camino y fue directo a ellos. Ambos comenzaron a devolverse hacia el sector de la pequeña compuerta que siempre permanecía abierta. Entendí cual era su plan, se dejarían arrastrar por la corriente para que los sacara rápidamente de ahí. Si el cuero era inteligente no los seguiría a través de la corriente. La historia señalaba que siempre permanecía en aguas más quietas o estancadas.

El horror se apoderó nuevamente de mi al ver que Raúl llegaba a la corriente y era arrastrado, pero a mi hermano le faltaba mucha distancia para llegar ahí. El cuero estaba a punto de alcanzarlo.

— ¡Apúrate Tomás!

Mi hermano giró para mirarme y nuestras miradas se encontraron, o eso pensé yo. Pude ver en su rostro que se había rendido, estaba cansado y no quería seguir nadando, sólo esperó. Fue el último momento en que lo vi con vida.

A la distancia contemplé que aquella cosa lo envolvía hasta hacerlo desaparecer. En un instante mi hermano Tomás ya no existía. Por unos segundos vi que entre la mancha se elevaba un brazo. Pero ya no era normal, sólo se trataba de un hueso largo como los maniqués de la escuela con los que explican cómo es el esqueleto. Pero éste se encontraba recubierto con pedazos de piel mezclada con una algo gelatinoso de color rojo. Lo que quedaba de brazo desapareció otra vez. Mi hermano no volvió a salir a la superficie.

Rompí en llanto. No podía creer lo que estaba ocurriendo. Los segundos avanzaron y decidí quedarme ahí, flotando, esperando despertar de aquella espantosa pesadilla.

— ¡Ven acá Cristóbal!

El grito de Amanda me sacó de aquel estado de letargo en el que había caído por unos segundos y pude ver de frente que aquella cosa ya

venía por mí. No le bastaba mi hermano, necesitaba más. Nadé hacia el bote y Amanda intentó ayudarme para subir a él, pero resbalé. Tragué agua en mi desesperación. Me aferré nuevamente a la pared del bote. Vi de reojo que mi prima Nicole lloraba con desesperación. Amanda se inclinó sin pensarlo mucho y me tomó por los pantalones. Luego se lanzó hacia atrás y ambos caímos al interior del bote. Sólo segundos después el cuero llegó hasta nosotros. Nos quedamos ahí sentados los tres, calmando la respiración y pensando como saldríamos de aquella situación.

— ¿No puede derretir el bote verdad?

— Tranquila. No puede hacer eso —miré a mi prima y forcé una sonrisa para calmarla—. Vamos a estar bien aquí.

— Lo que sí puede es tratar de dar vuelta el bote

Amanda había dicho aquello con tal convicción que sentí se me paralizaba el corazón.

— ¿En serio puede?

— No, eso no pasará —respondí al ver la cara de terror de Nicole. Luego lancé una mirada de reprimenda a Amanda. Ella alzó los hombros.

— Lo siento, estoy nerviosa.

Los tres temblábamos. La temperatura estaba bajando y nuestros cuerpos seguían mojados. Miré hacia el agua y el cuero seguía pegado al bote, como un fiel escolta. No tenía idea de cuántos minutos habían pasado. Se me pasó por la cabeza que tal vez pronto regresarían mis otros primos y verían lo que sucedía. Ellos podían salvarnos. La pregunta era cómo. Pero si Amanda tenía razón y la criatura intentaba dar vuelta el bote y lanzarnos al agua, no teníamos mucho tiempo.

Intenté sacar mi brazo por el lado contrario al cual se encontraba el cuero. Mi idea era remar hacia la orilla, pero la cosa se movió muy rápido hacia donde me encontraba. Levanté el brazo y entendí que nos tenía atrapado. No nos dejaría salir del agua.

—Tengo frío —dijo Nicole.

— Ya nos ire...

No alcancé a terminar la frase. El repentino golpe nos desestabilizó. Con horror vi que Nicole caía por una de las orillas. Alcancé a tomarla de un brazo para sostenerla. Eso evitó que cayera y quedaba colgando del bote. La cosa se movió hacia ella dispuesta a atacar. Mi prima era pequeña, no demoraría nada en acabarla. Entonces sucedió lo

que hasta el día de hoy no logro perdonarme por dejar que pasara.

— ¡Sólo hay una cosa por hacer! —gritó Amanda a mi espalda. La miré de reojo y me sonrió—. ¡Sólo tienes una oportunidad para salir de aquí!

— ¡Qué vas a hacer!

— ¡Salvarnos!

— ¡No Amanda no lo hagas!

— ¡Te amo!

Eso fue lo último que dijo. Se lanzó al agua y comenzó a nadar lejos. El cuero se movió y avanzó directo hacia ella. Aproveché el momento, subí a Nicole al bote y comencé a remar con mis brazos hacia la orilla del embalse. Mis ojos estaban llenos de lágrimas cuando sentí los gritos de Amanda. No tuve el valor para mirar hacia atrás, sólo pensaba en no dejar que su esfuerzo fuera en vano, por lo que remé con más intensidad para salvar a mi prima.

Llegamos a la orilla y salimos del bote. Miré hacia el agua y Amanda ya no estaba. El cuero avanzaba hacia una curva desapareciendo de la vista.

Minutos después aparecieron mis primos. Al ver que sólo estábamos Nicole y yo abrazados, preguntaron qué había pasado. Los quedé mirando y rompí en llanto.

Capítulo 9

Capítulo Final

El Reencuentro

Eran casi las nueve y media de la noche cuando Cristóbal llegó a la casa de sus padres. Llevaba un minuto de indecisión. Abrió la puerta de la habitación pese a no estar muy convencido de entrar en ella. Adentro lo esperaba su padre a quien no veía hace muchos años. Una mano se posó en su hombro. Giró su cabeza y vio a Maritza invitándolo a vencer su temor. Le sonrió y se decidió a pasar a la habitación. Su padre estaba recostado en su cama. Su rostro se veía demacrado y muy pálido. Al parecer le costaba respirar. Parecía un anciano de cien años, pero apenas rozaba los setenta y cinco. Aquel hombre lo quedó mirando y con su mano lo invitó a acercarse.

— Hola papá.

— Hola hijo —hablaba con un poco de dificultad, pero se le entendía bien lo que decía—, me alegra mucho verte... después de tanto... tiempo.

— A mí también, aunque debería haber venido mucho antes.

Cristóbal no pudo evitar romper en llanto y dejarse caer arrodillado al lado de la cama. Sus lágrimas mojaron el cobertor. Segundos después sintió la mano de su padre acariciándole el pelo.

— Tranquilo Cristóbal... todo sucede... por algo. Ahora lo sé. Siempre dijiste la verdad.

Cristóbal alzó su cabeza y miró directo a sus ojos. Lo que acababa de oír ¿de verdad lo había dicho? ¿o había sido su imaginación? Su padre le sonreía con dificultad. Pero se notaba un gesto espontáneo y sincero de su parte.

— Hijo, acerca esa silla. Debo contarte algo —Cristóbal obedeció, se sentó junto a la cama y esperó de manera intrigada lo que su padre estaba a punto de contarle—. Te contaré esto de corrido, no me interrumpas. No me queda mucho tiempo y necesitas escucharme.

— Tranquilo papá, te escucharé en silencio.

— Cuando años atrás, tu abuela murió, pasaron algunos días y tu abuelo empezó a volverse loco. Hablaba del cuero, y que él había matado a tu abuela y a tu hermano —tomó una bocanada de aire para continuar—. Hijo, él pasaba horas callado y a veces mientras cenábamos... volvía a caer en un estado de locura y lanzaba los platos al suelo. Maldecía y nos gritaba de que debíamos ir a matar al Cuero. Dejó de comer, costaba lograr que se alimentara, aunque fuera un poco. Se puso flaco, su rostro se fue apagando. Fueron días muy oscuros y tristes, hijo. Fue tan terrible el ambiente que nos invadió que, en nuestra desesperación por ayudarlo, decidimos internarlo en una clínica. Pero un día antes de que vinieran a buscarlo se escapó. Lo buscamos por toda la casa y cuando vi que su caballo no estaba, entendí que había ido a Las Compuertas, así que tomé mi caballo y partí a la siga. Cuando llegué al lugar vi que el caballo de tu abuelo amarrado a un árbol. Hice lo mismo con el mío y caminé hasta Las Compuertas. Y ahí estaba, en uno de los muros mirando hacia el agua y con algo en sus manos que no pude identificar a primera vista. Me acerqué muy lento, con temor porque no tenía claro lo que pretendía mi padre.

— ¡Ven maldito! ¡Acércate!

Tu abuelo gritaba con furia mirando hacia el agua. Me puse nervioso, hijo. Caminé lento para no llamar su atención y asustarlo. No quería que cayera al agua. Cuando estuve más cerca pude reconocer lo que tenía en sus manos. Era un trozo de cactus, hijo. Recordé que en las historias que contaba, hablaba de que, para matar al Cuero debía lanzarle un cactus o un trozo de quillay. Eso era lo que tu abuelo pretendía. Llamar al supuesto Cuero para intentar "matarlo". Mi padre se había desquiciado, creyendo que sus historias eran reales. Eso pensé entonces... hasta que vi aquella cosa desplazarse sobre el agua y avanzar hasta los muros de la pequeña represa. Era oscura y parecía un verdadero cuero de animal flotando sobre el agua. Me estremecí al darme cuenta de que aquella criatura de verdad existía, pero más me estremecí cuando vi que mi padre lanzaba el cactus al agua y perdía el equilibrio. Su cuerpo se fue directo al agua. Yo me encontraba a unos pasos y salté hacia él. Logré tomarlo de un brazo justo antes de que cayera. Sus pies quedaron a unos dos metros de tocar el agua. Suspiré aliviado, pero mi respiración se cortó cuando vi que El Cuero se movía como un remolino y empezaba a elevarse parte de su textura, como formando un embudo invertido ¡Quería atrapar a tu abuelo!

Con desesperación me impulsé hacia delante, lo tomé del cinturón y luego me lancé hacia atrás, logrando levantarlo. Ambos caímos al suelo. Yo me levanté y me quedé sentado, mirando con terror aquella criatura. Parecía como si de alguna forma nos observara. Nunca tocó siquiera el cactus, sólo se quedó ahí, quieto unos segundos. Después se fue hasta perderse. Tu abuelo no la vio, se quedó tumbado de espaldas y hasta el día de su muerte, un año después, creyó que había matado esa cosa. Yo me

encargué de hacerle creer eso. Fue la única forma que descansara mentalmente, y al menos así, pudo irse en paz.

Cristóbal tragó saliva. Tenía los ojos muy abiertos por el relato que acababa de escuchar.

— Entonces lo viste.

— Sí hijo, y sé que todavía está allá, esperando. Hace una semana atacó nuevamente, a un Scout.

— ¿Estás seguro?

— Todo indica que fue esa cosa. Pero no encontraron nada. Yo sé que tú la hallarás y acabarás con ella.

— Confío y creo en ti, hijo. Algo que siempre debí hacer. No como esa vez en que te aparté y sólo cuando la vi con mis propios ojos comprendí que todo era cierto y no se trataba de tu imaginación. Pero no me atreví a reconocer mi error. Fui un cobarde porque sólo ahora que estoy agonizando, pude enfrentar mis miedos y atreverme a pedir que vinieras. Lo siento, hijo. Debí creerte siempre. Necesito pedirte perdón.

Cristóbal vio que su padre lloraba arrepentido por haberlo alejado tantos años de su lado.

— Papá, te perdono. Entiendo que no me hayas creído. Tal vez en tu lugar yo tampoco lo hubiese hecho.

Se acercó a él y lo abrazó muy fuerte. Nuevamente lloró junto a su padre. Tenía sentimientos encontrados. Felicidad de reencontrarse junto a él, pero tristeza y dolor porque aquella cosa seguía allá afuera.

— Tienes que ir a matarla —le susurró al oído su padre—, prométemelo.

— Te lo prometo papá

Cristóbal sintió que su padre dejaba de abrazarlo y se apartó de él. Quiso decirle algo más, pero entendió que padre había dado su último suspiro y ahora descansaba junto a su abuelo.

Se quedó inmóvil junto al cuerpo de su padre. Pasaron varios segundos hasta que Maritza entró a la habitación y caminó despacio hacia él. Le tomó la mano.

— Ya está descansando, y lograste despedirte.

Cristóbal alzó la mirada hacia ella e improvisó una leve sonrisa de agradecimiento por sus palabras. Se paró, miró la hora en su reloj y luego tomó las manos de su esposa entre las suyas.

— Debo ir a matar esa cosa —dijo, y se marchó de la habitación, ante la mirada preocupada de Maritza.

Cuando media hora después, Cristóbal inflaba un bote de hule, lo más rápido que podía, sintió como una especie de dejavú. Chollo, el caballo de su padre, lo miraba a la distancia, donde había quedado amarrado a la rama de un árbol. En su rostro se veía una expresión casi de despedida.

Cristóbal trató de apurarse para terminar con la labor de inflar el bote y meterse al agua. Cuando estuvo listo, el sol ya se ocultaba detrás del cerro. Algo le decía que no sería necesario ir en búsqueda de El Cuero... porque vendría por él.

Sin perder tiempo, envolvió en una manta el trozo de cactus que había cortado camino a Las Compuertas y lo puso sobre el bote. Hizo lo mismo con los remos. Luego tiró todo al agua. El bote quedó flotando.

— Nos vemos en un rato, Chollo.

El caballo de su padre movió la cabeza hacia arriba y abajo. Luego relinchó, como para hacerle ver que le entendía.

Sin pensarlo, Cristóbal llenó de aire sus pulmones y se lanzó de piquero al agua. Nadó rápido hacia el bote y se subió a él. Esperó unos segundos para calmar sus respiración. Tomó los remos y comenzó a avanzar por el agua hacia el interior del pequeño embalse. A cada segundo se iba alejando más de las compuertas de metal. Hasta ahora lo único que sentía era rabia y sed de venganza. Por su mente en ningún momento se había alojado una cuota de temor.

Ya estaba a medio camino de la curva. Casi en el lugar exacto en que años atrás Amanda se había sacrificado, lanzándose al agua para salvarlo a él y a su prima. Aun sentía un dolor en su pecho al recordar la escena... los gritos... el silencio posterior. La policía buscó por días los cuerpos de Amanda y de su hermano, pero no hallaron ningún rastro. Él sabía que eso sucedería porque había sido testigo de lo ocurrido, aunque nadie le

creyera. Sólo su abuelo lo abrazó aquella noche y le dijo que él sabía que decía la verdad.

Cerró los ojos e intentó sacar aquel recuerdo de su mente. Esperó, en calma, sintiendo la brisa que a ratos lo entumecía. Oyendo el cantar de algunos pájaros a lo lejos. El sonido de las hojas de los árboles. Se concentró en su respiración «tome una bocanada de aire profunda y refrescante» le habría dicho la aplicación de meditación que tenía instalada en su teléfono móvil, y que escuchaba cada noche. Llegó a tal punto de concentración que sólo podía oír su respiración lenta y pausada.

La intuición y una descarga de adrenalina le hicieron abrir los ojos. Al instante lo vio. El Cuero avanzaba pasado la curva e iba directo hacia él. Sabía que debía actuar rápido, pero con tranquilidad. Tomó la manta que envolvía el cactus y comenzó a desenrollarla. A su espalda sintió un grito de alguien conocido. Aquella voz era inconfundible para él. La había oído muchas veces durante su vida. Fue ese el momento exacto en que descubrió como se siente el verdadero terror. No aquel que provocan las películas, ni un relato de suspenso o un buen libro de Stephen King. Este terror sobrepasaba todo, porque no lo provoca el peligro que te acecha a ti, sino el peligro que corre quien más amas.

Un nuevo grito le hizo temblar. Era otra voz también conocida. Sus piernas comenzaron a temblar. Volteó a mirar y descubrió que no se había equivocado. Sus dos hijos le saludaban y gritaban a la distancia. Estaban sobre otro bote inflable y comenzaron a remar hacia donde estaba él. No podía creer lo que veía, pestañeó varias veces para que desaparecieran de su vista, porque no tenía sentido todo aquello. Matías y Lucy no podían estar allí. Su imaginación le estaba atacando con todo. Tal vez producto del miedo a lo que estaba a punto de enfrentar.

Cuando la imagen de sus hijos sobre el bote se fue haciendo más nítida en la medida que se acercaban, comprendió que daba lo mismo cómo habían llegado hasta ahí y por qué. Debían salir de ese lugar.

— ¡Devuélvanse! ¡Váyanse de aquí! —gritó desesperado. El Cuero había cambiado de rumbo y ahora iba en línea recta hacia sus hijos. Estaban en peligro y debía actuar rápido— ¡Hijo de puta! ¡Es a mí a quien quieres! ¡Ven mierda!

No funcionó. Los gritos no llamaron su atención. El Cuero iba sí o sí por sus hijos. Ellos quedaron sorprendidos al ver aquella cosa flotando en el agua.

— ¡Matías saca el bote del agua!

Sólo al escuchar su nombre el joven reaccionó. La expresión de su rostro cambió de pronto y pasó al miedo. Tomó el remo y empezó a dirigir el

bote hacia la orilla. Pero El Cuero no se rendía y lo siguió.

Cristóbal avanzó hacia sus hijos remando. Su respiración estaba muy agitada. Ya estaba cerca de ellos, pero sintió que su corazón se paralizaba al ver que El Cuero rozaba el bote de los niños. Las miradas de Lucy y él se encontraron. Cristóbal pudo contemplar el horror en ella. En cualquier momento aquella maldita cosa podía desestabilizar el bote haciendo caer a sus hijos. Esto no podía terminar así, no era justo. Ellos no tenían por qué sufrir. Tenían todo un mundo por delante.

A su mente llegaron los recuerdos más maravillosos de la relación que tenía con sus hijos. Siempre atentos, siempre cariñosos y alegres. Su vida había cambiado desde que ellos llegaron. Eran lo más importante para él.

Miró el trozo de cactus y supo lo que debía hacer. Se agachó y lo tomó con cuidado desde un extremo. Se incorporó y miró a su hija guiñándole un ojo.

— ¡Mira hacia delante hija! ¡No dejaré que nada malo les pase! ¡Los amo!

— ¡Yo también papá!

Lucy volteó. Ese era el momento que debía aprovechar. Se lanzó al agua con un grito. El Cuero se detuvo y luego giró avanzando hacia él. Lo había logrado, sus hijos estarían bien. Acababa de hacer lo mismo que Amanda por él, años atrás. Sacrificarse.

El Cuero se abalanzó sobre él y decidió cerrar los ojos, no sin antes abrazar el trozo de cactus. Sintió las puntas clavarse en su pecho y también algo gelatinoso que se posaba sobre él, mientras flotaba en el agua. Al instante un terrible ardor que comenzaba a invadirle. Recordó a Amanda y a su hermano. Ellos habían experimentado la misma sensación que se encontraba viviendo él en esos momentos. Lo peor era que esa sensación pronto lo invadiría en todo el cuerpo. Pero trató de calmarse, sabía que acabaría pronto. Sólo debía esperar para dejar de sufrir. Segundos después escuchó un chillido fuerte como de un ratón ardiendo en llamas. La sensación de ardor se alejó de su brazos. Le pareció extraño así que abrió los ojos.

No pudo creer lo que veía. El Cuero había envuelto por completo el cactus y chillaba intentado despegarse de él. Se agitaba desesperado sin poder lograrlo. Sus movimientos se iban haciendo cada vez más lentos.

Cristóbal se miró los brazos y vio que tenía la piel como si se hubiese quemado. Los sentía un poco adormecidos pero podía moverlos. Sin pensarlo un segundo más nadó hasta el bote y se subió. Desde allí pudo ver que El Cuero ya casi no se movía. Se había convertido en una especie de tronco gelatinoso lleno de púas. Sus movimientos se fueron apagando

junto con su chillido, hasta que al final cesaron. Se acercó a él y con el remo lo movió, pero la criatura no hizo ningún movimiento. Había muerto. Levantó su vista y miró hacia la orilla del embalse. A la distancia y ya en tierra firme, sus hijos miraban hacia donde él se encontraba. Alzó su mano y los saludó, aliviado.